
SANTANDER: UN MOMENTO, UNA FRASE Y UN GESTO

Brigadier General Gabriel Puyana García

Resultaría superfluo que para rendir homenaje al más ilustre de los granadinos, intentáramos hacer un esbozo biográfico de quien mucho se ha dicho en este año de 1992 consagrado a su recuerdo, pero sin que verdaderamente su exaltación haya correspondido a sus grandes merecimientos.

Ninguna figura más controvertida y distorsionada que la de este patricio a la que tanto debe la República. Sin embargo nuevas investigaciones históricas entre ellas las del fallecido historiador Horacio Rodríguez Plata como de la erudita académica doña Pilar Moreno de Angel sumadas a la que en su tiempo hicieron Camacho Roldán y el doctor Laureano García Ortiz han cumplido una labor rectificadora para clarificar la imagen verdadera de quien es sin duda alguna el artífice de nuestra nacionalidad con todas nuestras virtudes y defectos.

Estamos seguros que esas nuevas versiones habrán de contribuir a contrarrestar absurdas prevenciones y complejos. Entre otros el de considerar de que para ser admirador de Bolívar, tiene que llegar a denigrarse de Santander o procederse en forma inversa cuando la simpatía se inclina por la del héroe de la Nueva Granada.

En algunas ocasiones le hemos expresado y es oportuno volver a repetirlo:

El valor intangible, pero a la vez mesurable a la gloria de los grandes hombres, no puede entenderse como el de una propiedad material sobre una área de la superficie terrestre, en el sentido de que para favorecer a uno deban correrse los linderos que corresponden a los predios ajenos. Ni las virtudes de unos, como los defectos de los otros podrán menoscabar el valor intrínseco de los paradigmas que

por haber actuado simultáneamente en escenarios y épocas comunes, las circunstancias los pudieran haber convertido en émulos o contradictores. Esta tendencia equivocada no solo se ha presentado en el caso de Santander y de Bolívar sino que bien la hemos podido apreciar cuando se pretende hacer el cotejo entre San Martín y O'Higgins y en general de los grandes protagonistas de la historia universal, así no hayan sido contemporáneos. La gloria en nuestro parecer es un bien subjetivo que se fundamenta en la veracidad de los hechos y en las realizaciones, pero que constituye un valor íntimo por el destello de los propios merecimientos.

No es necesario por ser ampliamente conocido detenernos en analizar el origen de las prevenciones y de los enfrentamientos que separaron en forma definitiva a Bolívar y Santander. El Libertador en frase acongojada y honesta habría de reconocer que el no haberse entendido con el granadino había causado el perjuicio de todos. Pero quizás ya desaparecidas estas dos magnas figuras, el surgimiento de los dos partidos políticos es el que viene a causar mayores dificultades en mantenerse fieles a la verdad histórica, por cuanto las dos colectividades en el ánimo de encontrar un inspirado de sus ideales, se apoderan equivocada como abusivamente de estos dos héroes. Y así los conservadores se adueñan de Bolívar que dio muestras de espíritu liberal como ninguno y a su vez los liberales se apropian de Santander que no obstante su espíritu republicano se distinguió por actitudes absolutistas.

Son los jefes o miembros de las dos colectividades políticas los que en defensa de sus ideologías, se ensañan contra el uno o contra el otro, muchas veces por razones de orden personal como fuera el caso ampliamente conocido de don Miguel Antonio Caro, quien encontró en Santander el motivo de una vergüenza familiar y se convirtió en uno de sus principales detractores... y ya en épocas contemporáneas, quienes arremetieron contra el cucuteño lo hicieron esencialmente por ver en él el símbolo del partido contrario...

Omitimos también en esta evocación referirnos a lo que fue Santander en el campo de la administración pública, por la amplia difusión que se ha hecho ya de su meritoria tarea como organizador de la República naciente, en todas las diversas como complejas áreas en las cuales hizo sentir su gestión de gobernante.

Tanto para relieves la importancia de su accionar castrense, como para exaltar su visión de estadista, hemos optado por referirnos simplemente a un *momento*, a una *frase* y un *gesto* que plasman el carácter del prohombre, pero que especialmente estos dos últimos han sido acomodaticiamente interpretados con fines preconcebidos, en una actitud antimilitarista que desde hace mucho tiempo se ha

abierto campo en nuestro país sin que ésta corresponda al interés de la nación y menos al sentimiento del pueblo.

El momento.

El quehacer militar de Santander es corto en los límites del tiempo, como grande en la brillantez de sus realizaciones. Solo abarca dos lustros, desde que se inicia como abanderado del Batallón de Voluntarios de la Guardia, creado tres días después del grito de Independencia del 20 de julio, hasta coronar exitosamente la campaña libertadora con el triunfo de Boyacá donde su valeroso desempeño le hace compartir con Bolívar los laureles de la victoria y merecer su ascenso a General de División.

Bolívar con su clarividencia política y estratégica comprende que debe explotar el éxito logrado y que tiene que emprender la portentosa tarea de la organización del Estado para proyectar la emancipación a todo el continente que en su mayor parte se encuentra bajo el dominio español... pues solo se ha ganado esa batalla, pero no la guerra. Y en su genio intuitivo comprende que Santander es el hombre que debe asumir su papel de estadista, de administrador y gobernante, para que pueda él dedicarse a la conducción de la guerra en los diferentes teatros de operaciones a los que habrá de extenderse y cumplir así el derrotero que le ha señalado su destino... y ahí, es duro decirlo, se trunca la carrera militar de Santander, para asumir una no menos importante y trascendental como es la de iniciar la organización de la República nacida del triunfo militar. Envaina su espada y se concentra en la desvelada responsabilidad del Gobernante. Se aleja así del humo de los combates que constituye el incienso de la gloria del militar y se dedica a sus esfuerzos de administrador y de jefe de estado, para que con el apoyo de la Nueva Granada, el triunfo de sus armas puede llevar la libertad a los pueblos sojuzgados.

A órdenes de Castillo y Rada, en los valles de Cúcuta empieza su fulgurante trayectoria militar. En 1813 por lealtad hacia su jefe directo rehuye acompañar a Bolívar en su marcha sobre Venezuela en la campaña "Admirable" y permanece en el territorio de la Nueva Granada. Años más tarde ante el ímpetu arrollador de la reconquista de Morillo vive el derrumbe de la patria y sufre los efectos de la derrota de Cachirí. Con Serviez se desplaza al llano y en Casanare sobre los restos del ejército organiza la resistencia de las guerrillas que mantienen latente la antorcha de la causa de la libertad. Una vez reconquistada la Guayana y terminada la campaña del Apure donde sufre grandes penalidades y pone en evidencia su valor de combatiente, se encuentra con Bolívar en la aldea de Pao... y desde allí en mutuo acuerdo se concibe la campaña Libertadora sobre la Nueva Granada.

Se inicia la marcha, atravesando ríos, esteros y llanuras, pero llega el ascenso de la cordillera y esas cumbres inhóspitas causan estragos no solo en los soldados, sino en los caballares procedentes de las planicies ardientes. Antes de ocupar a Paya, algunas fracciones de la caballería venezolana empiezan a desertarse, porque estiman que el ejército habrá de fracasar en el intento de transmontar los Andes.

Bolívar que marcha con la retaguardia, convoca entonces a todos sus jefes en el "Llano de Miguel", donde establece su cuartel general. Santander que ha capturado ya la posición de Paya, es requerido por el Libertador y en compañía del Capitán Freites que le llevara la carta en la cual disponía su presentación, se devuelve para acudir a la cita. Pero antes reúne a los jefes granadinos que comandaban las tropas de vanguardia y haciéndose intérprete de su irrevocable determinación de seguir adelante así les cueste la vida, asiste a la reunión ordenada por Bolívar, donde se intenta hacer cambio de los planes iniciales.

Veamos algunos apartes del relato que escribe el propio Santander y que apareciera publicado por primera vez, en la Enciclopedia Británica en 1832:

"Yo pasé al día siguiente al Llano de Miguel y allí nos reunimos a conferenciar, el General Bolívar, los Generales Soublotte y Anzoátegui, los Coroneles Lara, Salóm y yo. Bolívar nos manifestó la desnudez de las tropas y el mal estado en que se hallaban con solo un día de marcha por la cordillera; las penalidades que les esperaban al pasar lo más elevado de ella donde una nevada podría concluir con el Ejército; la falta de caballos y el disgusto de los llaneros de marchar por un país montañoso; nos hizo ver que si en tal conflicto el enemigo se colocaba al pie de la cordillera y retiraba los recursos que podían servirnos, nuestra destrucción sería completa y que en tal situación ERA MEJOR RETROCEDER PARA INTENTAR POR GUASDUALITO UNA INCURSION EN EL VALLE DE CUCUTA. Yo me opuse a este plan por cuantas razones me sugirieron el conocimiento del territorio y mis deseos de libertad a mi patria y por fortuna me apoyó bien el Coronel Lara: al fin propuse que para salvar las tropas venezolanas que eran las "que habían estado haciendo frente a las de Morillo en el Apure, yo atravesaría la cordillera con mi división, reconocería el terreno, observaría si el país tenía recursos, me informaría de la opinión de los pueblos y resistiría al enemigo si estaba apoderado de los puntos por donde debíamos entrar a la provincia de Tunja; que si eramos detruídos, las tropas de Venezuela quedaban intactas para seguir obrando, como antes lo habían hecho, sin contar con las que yo tenía en Casanare; pero que si al contrario, la campaña presentaba una perspectiva lisonjera, todos reunidos las seguiríamos hasta lograr el objetivo".

"El General Anzoátegui que tenía la creencia de que era capaz de hacer lo que cualquier otro hiciera, ofreció también ejecutar lo mismo que yo proponía y de ese modo, logramos hacer cambiar el plan de Bolívar".

Este episodio en nuestro sentir, constituye el *momento* estelar de Santander como jefe militar, no sólo por la reciedumbre de sus

convicciones sino por la visión estratégica que demostró tener. De no haber actuado así, la reconquista de la Nueva Granada hubiera demorado quizás mucho tiempo, ya que Bolívar vivía obsesionado con la idea de liberar a Caracas que lo llevó a varios de sus grandes fracasos. Además no hubiera correspondido a los granadinos la gloria del triunfo de Boyacá y de convertir a la provincia de Cundinamarca en la base de partida desde donde habría de irradiarse el esfuerzo de la liberación del continente. Porque es a partir del triunfo de Boyacá que se suceden los éxitos ulteriores de Carabobo y posteriormente de la campaña del Sur, con Pichincha, Junín y Ayacucho, para llegar a rematar con la gloriosa batalla naval del lago Maracaibo y consolidar así la obra libertaria.

Si bien es cierto que Santander como Vicepresidente de la Nueva Granada cumple una extraordinaria labor en la obtención de los apoyos logísticos que le permitirán a Bolívar continuar la campaña emancipadora, éste es ante todo un mérito de orden administrativo propio del estadista y del gobernante, pero no del jefe militar, porque es al conductor de tropas a quien habrá de corresponderle la aureola del triunfo.

Este es un hecho que persiste a través de toda la historia de la humanidad. El jefe militar asume la responsabilidad total y es por eso que deberá recibir los honores del éxito o la afrenta de la derrota ante la desventura del fracaso.

Una anécdota relativamente contemporánea ilustra esta realidad. Cuando después de terminada la Primera Guerra Mundial, en el Parlamento francés se trató de denigrar del Mariscal Joffre, al increparle que el triunfo decisivo de la Batalla del Marne correspondía al General Gallieni, su Jefe de Estado Mayor, por habersele ocurrido reunir los taxis y coches de París, para movilizar las reservas a los sitios donde debieron empeñarse, el mariscal permaneció en silencio y cuando terminaron las intervenciones de los parlamentarios se puso de pie y en forma erguida y digna solo formuló una pregunta:

“¿Y si la batalla se pierde... quién la hubiera perdido?”

De ahí que cuando recorremos los itinerarios gloriosos de los grandes conductores militares, llámense Alejandro, Aníbal, César, Napoleón y en épocas contemporáneas Rommel, Patton o Mac Arthur, nunca sabemos quiénes fueron los que tuvieron a su cargo el apoyo logístico de sus tropas para sostener el ímpetu y el esfuerzo ofensivo de sus columnas vencedoras, porque nadie ni siquiera los nombra y porque es el comandante en jefe el que habrá de ser merecedor de las palmas de la fama o de la vergüenza de los vencidos.

La actitud decisiva de Santander en la reunión del Llano de Miguel hizo que la campaña libertadora abriera el camino de la

libertad, largo y difícil pero que habría de conducir al triunfo de las armas republicanas. Esta es una gloria propia del líder granadino que se suma a sus conductas individuales en todos los combates y batallas en las cuales tomó parte y que es suficiente para respaldar su valiosa contribución militar, sin que dentro de ella juegue su labor administrativa con la cual a veces se pretende menoscabar la imagen de Bolívar, de Sucre o de Córdova que fueron los héroes indiscutibles de las acciones bélicas.

La frase.

Quien deba hablar o escribir sobre Santander, difícilmente se libra de citar esa consabida expresión que resume magistralmente la esencia del régimen republicano y democrático:

"Las Armas os dieron Independencia... Las Leyes os darán Libertad".

Cuando Santander la pronuncia, ya se han acallado los cañones, porque el enemigo ha sido derrotado. Es cuando surge la necesidad de que se comprenda cabalmente la importancia que tiene el ordenamiento jurídico para estructurar un estado de derecho y en ese esfuerzo Santander compromete toda su capacidad de liderazgo y su firme voluntad de estadista y de organizador.

Lógico entender que los militares en ese momento debían ya dar sosiego a sus espadas, pero no que éstas fueran a desaparecer. La conciencia de que la patria había salido del triunfo de sus armas, hizo que muchos militares especialmente entre los jefes venezolanos, llegaran a cometer desafueros y desmanes. En la misma Venezuela que el propio Bolívar comparara con "Un cuartel", empezó como reacción a generarse un dicho que bien puede explicar la prevención entre los soldados y los hombres inermes.

"Ahora que ya nos hemos liberado de los españoles, debemos empezar a liberarnos de nuestros libertadores".

Y surge así un enfrentamiento o por lo menos una mutua prevención entre los hombres de armas y los letrados, quizás porque éstos últimos no pudieron llegar a digerir el discurso de las armas y las letras de Don Quijote.

En aquel entonces, la intrepidez y el valor que marcaron la etapa épica de la patria naciente, empiezan a ser relegados por la componenda, la habilidad de la palabra o del escrito y no pocas veces por la intriga, la argucia y la falacia, porque ya las armas han dejado el campo a la política y todos se empeñan no con el necesario altruismo en el bien ambicionado de la paz y del progreso... y allí es cuando

empieza a buscársele a la frase de Santander un sentido que su autor nunca quiso darle; se intentó hacer creer que lo que debían entenderse de esa expresión, era de que ya al triunfar en los campos de batalla y haber obtenido la libertad las armas no eran por más tiempo necesarias y debían dejar su lugar a las leyes. Y esta equivocada interpretación ajena al pensamiento expresado por Santander, empezó a generar cierta prevención en contra de quienes como soldados habían sido los verdaderos creadores de la patria.

En 1853, cuando se discute en el Congreso un proyecto de Constitución, los opositores del Presidente Obando arremeten contra el estamento militar; lo consideran obsoleto, costoso, innecesario y por tanto inútil. El representante Silva pide derogar la Ley de Mosquera de 1847 que había vuelto a crear el colegio militar y los doctores Murillo Toro y Payán propugnan la eliminación del Ejército ante el tímido proyecto presentado por el ejecutivo, para que se pudiera contar con una fuerza de 1.240 hombres. Al fin el representante Valverde resuelve cambiar su posición y se pronuncia en su favor... Las frases de su informe son un exacto reflejo de lo que desde entonces se creyó que debía ser la fuerza pública. Manifiesta que un millar de hombres no representa un peligro para que bajo su influencia *"perezcan las Instituciones y las libertades públicas y que estos individuos podrán ser empleados para cuidar las cárceles y limpiar los parques"*, durante ese primer año, hasta que llegue por fin la oportunidad de que el *Ejército sea completamente eliminado en la Nueva Granada*... y es en el Congreso de aquella época, cuando se intenta acabar con el montepío militar y terminar las pensiones de las viudas de los héroes de la independencia.

Por eso al conmemorar el bicentenario de Santander es justo rescatar el verdadero sentido de aquella extraordinaria frase. No quiso el prócer en ningún momento pronunciarse en contra de la Institución Militar, pues él mejor que nadie, por su doble condición de militar y de magistrado, sabía que para lograr el ejercicio de la ley, era indispensable disponer del apoyo de la fuerza pública, como elemento fundamental, al igual que la norma jurídica, en la estructura política de un estado de derecho.

Y para quienes hoy bajo la influencia equivocada de esa interpretación de lo que jamás quiso expresar Santander, piensan que conviene al Estado colombiano menoscabar la importancia del estamento militar, vale la pena recordarles cómo bajo los embates del terrorismo contemporáneo esa misma frase que acertadamente adornaba el frontispicio del Palacio de la Justicia se confundió hecha pedazos con las ruinas del mismo, a tiempo que se inmolaban los más altos magistrados de la nación y un centenar de colombianos, en los

nefandos sucesos de noviembre de 1985. Para que la ley mantuviera su vigencia, fue indispensable que las armas en acción dolorosa a costa de vidas y de sangre rescataran la dignidad del Estado y salvaran la suerte de la República... sin embargo hoy tratamos de encontrar los responsables de esa tragedia entre quienes defendieron el Estado y no entre los verdaderos causantes de esa ignominia.

El gesto.

Pero si la frase analizada ha sido objeto de interpretaciones utilitaristas también hay un gesto de Santander, registrado en el lienzo por el pincel de un pintor que ha querido entenderse desde un solo ángulo de vista y que presenta una perspectiva incompleta o posiblemente no bien intencionada del mismo. Es aquel en que aparece el héroe de pie arrogante y altivo, detrás de una mesa sobre la cual se encuentra un sable y sobre éste la Constitución de Cúcuta...

¿Qué Santander quiso significar con ello? que en el estado de derecho las armas deberían quedar supeditadas a la ley, es un aspecto obvio que resulta innecesario comentarlo. Si la gesta emancipadora derrumbó el principio divino de la autoridad de los reyes, lógicamente éste debía ser reemplazado por un nuevo orden jurídico que se fundamentaba en la soberanía popular plasmada en la Constitución y las Leyes... Pero no hay que olvidar que Santander antes de ser "Hombre de Leyes", fue "Hombre de Armas" y que en esta condición de militar, tuvo el honor de haber conquistado la libertad en los campos de batalla para que pudiera llegar la aurora de la Patria.

Si bien es cierto que ese cuadro que retrata el gesto al cual hemos querido fererirnos, explica la relación que debe existir entre la ley y la espada, no es menos cierto que también debe interpretarse como la necesidad imperiosa de que la ley tiene que apoyarse en la espada para que pueda surtir su efecto. Bien pudiéramos citar a Cervantes para aclarar los aspectos atinentes a la preeminencia que debe existir entre las armas y las letras, pero nos perderíamos en elumbraciones innecesarias. Pascal lo diría hace ya mucho tiempo. "La ley sin la fuerza es solo una entelequia, como la fuerza sin la ley es la tiranía", y de ahí que Ortega y Gasset nos observe que el derecho no solo es el conjunto de normas teóricas, sino un compuesto de muchas cosas y que tiene que prolongarse hasta los bíceps de los gendarmes.

Al conmemorarse el bicentenario del nacimiento de esta relevante personalidad, los militares colombianos debemos reafirmar un doble motivo de orgullo:

Primero, el de saber que somos los legatarios de un pasado heroico, porque fueron los soldados quienes a golpe de lanzas y de sables, al conquistar la libertad, hicieron posible que naciera la

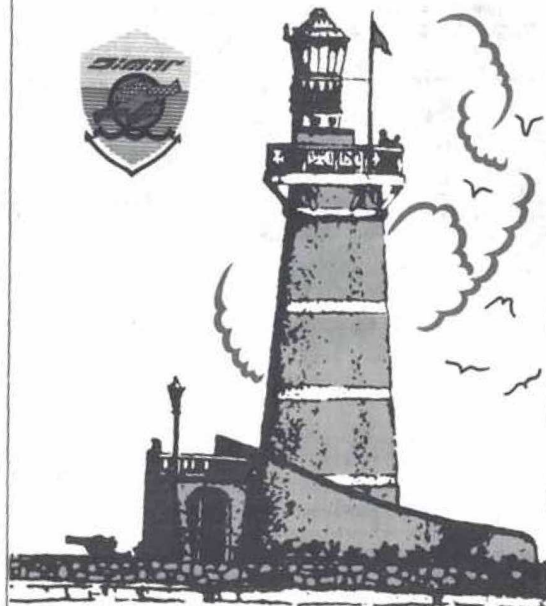


patria... y además porque también fue un soldado, un hombre de armas, un general curtido en los combates que pudo vivir a plenitud la absurda emoción de la guerra, el fundador *Civil* de la República.

Quiera Dios que este hecho irrefutable contribuya a lograr un entendimiento mejor entre los ciudadanos y los hombres de armas... porque el soldado es en última instancia el brazo armado del pueblo por cuanto se nutre de su propia esencia y porque existe para garantizar la supervivencia de la nación y la dignidad del Estado.

Glorifiquemos en el soldado —como lo expresara Rodó— “Al hombre de las tradiciones heroicas, al rudo artífice de la Patria guerrera... pero habituémonos a ver también en él a uno de los hombres del porvenir, a uno de los tipos representativos de la patria adulta y floreciente”.

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL
ARMADA NACIONAL
DIRECCION GENERAL MARITIMA



Calle 41 No. 46-20 – A.A. 20294 – Télex: 44421 – Fax: 222632
SANTAFE DE BOGOTA, D. C. – COLOMBIA



Doña Sixta Tullia Santander de Suárez Fortoul
hija menor del General Santander
Casa Museo de Villa del Rosario de Cúcuta.



Doña Clementina Santander Pontón
hija mayor del General Santander
Casa Museo de Villa del Rosario de Cúcuta.